

Rousseau: la voluntad general y la voluntad de los generales

Al comentar el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, Lévi-Strauss decreta que Rousseau es el inventor de la moderna etnología. Razones no le faltan y, como en otros ámbitos de las humanidades, Rousseau tiene que cargar con la parte meritoria y también con las desgracias que se le imputan.

«Si se quiere estudiar al hombre hay que aprender a tender la mirada lejos. Para descubrir las propiedades es necesario observar las diferencias.»

Ya estamos ante una de las sorprendentes paradojas de Rousseau: preconiza sin cesar el estudio de los hombres lejanos, pero se obsesiona con el más cercano: EL MISMO. Quizá porque los otros que yo soy son lo más lejano.

Tal vez Lévi-Strauss simplifique al pensar que el etnólogo se ve obligado a conocer su otro en virtud de la hostilidad del medio desconocido. Olvida que en medio conocido sucede lo mismo; el río no sólo fluye cuando cambia de región. EL OTRO puede estar antes que el YO, pero el OTRO (por malditos enredos de la lógica) tendrá también su alteridad: fragmentación en crecimiento geométrico que dificulta la identificación del sujeto responsable.

El principio roussonianos según el cual para aceptarse en los demás es preciso primero negarse en sí mismo, nos puede brindar buenas perspectivas para contrastar una ética egoísta frente a una cristiana y de la cual se puede derivar, si es que se puede, la VOLUNTAD GENERAL, ya que hasta la fecha lo que mejor conocemos es la voluntad de los generales. El paso de la naturaleza a la cultura, del sentimiento al conocimiento y de la animalidad a la humanidad, sólo son posibles para Rousseau con la PIEDAD, para con el otro hombre por el solo hecho de serlo. Cabe aclarar que tal vez a Rousseau no le gustaría como definición de piedad aquella que se oponía a la necesidad de la muerte.

El muy optimista de Don Juan Jacobo piensa que el hombre tiene una experiencia primitiva que le hace sentirse idéntico a sus semejantes. Bastante primitiva debe ser la mentada experiencia, pues a nuestros semejantes basta tratarlos un poco para com-

probar que en lo único que son idénticos es en el asco y el odio que se inspiran los unos a los otros; lo que pasa es que como diría Cioran «no están a la altura de su odio», tal vez porque intuyen que el otro es YO y el infierno está en uno mismo.

La situación se complica si vemos que la pretendida reconciliación del YO y el OTRO crean la santa alianza del NOSOTROS, sociedad de la que sabemos tiene la obsesión de pensar que el infierno son LOS OTROS.

Rousseau busca paliar los nocivos efectos de haber sido expulsados de la naturaleza invirtiendo los polos: busca la sociedad de la naturaleza para meditar sobre la naturaleza de la sociedad. Es curioso contrastar, ya que estamos con Fernando Savater¹, cómo, por caminos antagónicos se llega a propuestas semejantes. Para Rousseau no hay nada más detestable que hacer del amor propio el principio de acción. En tanto el modelo democrático propuesto por Savater hace de la ética del amor propio su fundamento.

Sin necesariamente compartir las ideas de Rousseau hay algo en él que parece difícil no compartir: tanto cuando se siente perdido como cuando consigue el instante luminoso pervive en él la intensidad de su vocación literaria.

Como señala Blanchot, escribir es el mal porque se entra en la mentira de la literatura; por otro lado es habilitarse para un cambio encantador, con un nuevo entusiasmo, hundiéndose en la literatura con la esperanza de salirse de ella, privilegio antiguo heredado de los escépticos y los cínicos, quienes también le antecedieron en sus esfuerzos contractualistas para «hallar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común proporcionada por la persona y los bienes de cada asociado y mediante la cual cada uno, uniéndose a todos, no se obedezca a sí mismo y quede tan libre como antes». Como se verá, por buenas intenciones no paraba, a pesar de que sabía que ese pacto tenía que ser hecho (ni más ni menos) por los hombres.

Como han hecho ver los principales estudiosos de Rousseau (y aquí tenemos al más importante)² este pacto exigía la transparencia de los corazones; pero la espera se ve frustrada por lo que acepta y suscita el obstáculo, que le permite replegarse en la resignación pasiva y la certeza de su inocencia. Es un pacto, es la voluntad general, pero el propio Rousseau sabía la materia prima con que contaba: «Las sospechas, la desconfianza, los temores, la frialdad y la traición se esconderán sin cesar bajo ese velo uniforme y pérfido de las buenas maneras, bajo esta urbanidad tan celebrada que debemos a las luces de nuestro siglo».

Tal vez olfateó que 200 años después podríamos repetir «pero insensatos ¿qué habéis hecho?». Pero en esta ocasión no lo diríamos para volver la mirada sobre una inocencia perdida sino con la conciencia de un mundo que se ha perdido para repetirlo. Rousseau transporta el mito de la caída al terreno de la historia; de la inocencia a la actividad culpable y la negación de la naturaleza. Pero si la transparencia perdida es obra, artificio social, al parecer se puede rehacer la historia, o al menos estabilizar a los que no han caído en el mal.

Para Starobinski tales propuestas desemejantes, imposibles de conciliar, mantienen en cambio una unidad de intención; el retorno de la transparencia, en nosotros y

¹ Texto leído en el Instituto de Filosofía (CSIC en el Seminario sobre Rousseau dirigido por Fernando Savater).

² Philonenko.

en nuestras vidas. Transparencia que, por otra parte, no faltan comentarios donde Rousseau sospecha de su existencia.

Asunto es de humanos, dando a la especulación el nombre de observación; los hombres prefieren creer en cualquier cosa antes que no creer y por supuesto un hombre de esta talla debía buscar respuesta a este problema.

Cómo conciliar la afirmación «el hombre es naturalmente bueno» y esta otra «todo degenera en manos del hombre». La culpa no es, para Rousseau, del hombre esencial, sino del hombre en relación. Son la historia y la sociedad las que producen el mal. Yo confieso todo tipo de dificultades para imaginar cómo el HOMBRE permanece igual mientras la humanidad está sometida a cambios y más aún cuando se nos avisó que todo degenera en manos del hombre. El pesimismo roussonianos me sigue pareciendo un derroche de optimismo.

Pero además debemos distinguir con precisión, pues hay dos tipos de relación social: por un lado la estimación y la benevolencia donde todo es de color de rosa. Por el contrario, los vínculos de interés personal no poseen carácter inmediato, pasan por las cosas, pasan por la perversión.

Si la naturaleza «nos ha destinado a estar sanos, casi me atrevo a asegurar que el estado de reflexión es antinatural, y que el hombre que medita es un animal depravado». Valga la paradoja: la razón se perfecciona para que el hombre se degrade; ser y parecer no parecen ser la misma cosa.

A esta aparente situación sin salida se le han dado varias respuestas. Es de sobra conocida la interpretación marxista del *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Al caer el déspota y ser la fuerza lo único que lo sostenía y ser la fuerza lo que lo hace caer, la desigualdad se transforma en igualdad, pero no la natural sino la del contrato social. Los opresores son oprimidos y se consolida la negación de la negación. Son demasiado recientes los acontecimientos en los países donde se interpretó esta modalidad como para ignorar en qué degeneró la negación de la negación.

Rousseau, más hábil, evita el problema práctico de la transición y coloca su contrato en el comienzo de la vida social, para pasar sin más trámite a acceder a la decisión que funda el reino de la voluntad general.

Por otra parte hay quien adivina que la síntesis o reconciliación de la naturaleza y la cultura se lleva adelante no por un proceso revolucionario sino que por un proceso educativo. «Si los hombres y, sobre todo, los príncipes lo tienen a bien, podría ser superada la separación y podría establecerse una verdadera comunidad»... pero al imperativo de la virtud parece superarle el afán de los hombres por ser príncipes y de los príncipes por tratar a los hombres como mendigos.

Tal vez por ello Rousseau vio que la Historia se lo fiaba demasiado lejano y optó por la fórmula inmediata de la soledad. El único contrato viable era consigo mismo. Medita en la soledad el destino de la colectividad, viviendo la verdad universal contra todos los hombres. Todo ello muy propio de todo aspirante a profeta.

La soledad o la infancia son el último y primer escondrijo de la virtud; sobre la inocencia infantil y sin llegar a los extremos empalagosos de Bernardin de Saint-Pierre, incluso Voltaire está de acuerdo con Rousseau. Será que los niños han cambiado muchísimo pues, entre ellos, yo sólo veo asesinos y suicidas.

Pero al margen de lo que yo vea, la recomendación era que la primera educación debe ser puramente negativa. No consiste en enseñar la virtud o la verdad, sino en preservar al corazón del vicio y al espíritu del error. Por eso Emilio debe ser educado en el campo, lejos de la canalla.

Por caminos opuestos se vuelve a los mismos resultados de la antigua pedagogía: como el niño era malo de nacimiento se le encerraba entre cuatro paredes. Ahora como el niño es bueno, también hay que hacerlo desaparecer.

Tal como señala Michel Tournier, el descubrimiento más desquiciante del *Emilio* no es la naturaleza o el contrato social es... el niño. El niño adulto. En su perfección, perversión y maldad. El niño adulto, noción que todavía hoy trae de cabeza a juristas, moralistas, feministas, policías, etc. ¿Cuál es la edad que el contrato considera prudente para que los niños dejen de serlo?

Este niño adulto, sin embargo, tiene que convivir con un modelo idílico poco propicio para el ejercicio de la perversión: la familia, dice Rousseau, es, pues, si se quiere, el primer modelo de las sociedades políticas: el jefe es la imagen del padre, el pueblo la de los hijos, y todos, habiendo nacido iguales y libres, no enajenan su libertad sino a cambio de su utilidad. Incluso quien no tenga un desmedido aprecio por la institución familiar comprenderá que la analogía exige un esfuerzo de imaginación tolerante algo desproporcionado.

Convengamos en las buenas intenciones del contrato al negar que ceder a la fuerza sea un acto de voluntad, y que la fuerza no hace el derecho por lo que no se está obligado a obedecer a los poderes legítimos.

La fuerza puede no hacer derecho pero el derecho sí hace fuerza y los legitimados de anteaer pueden ser pensados como los ilegítimos de la mañana siguiente. Fenómeno evidente de la presencia de la reversibilidad del poder.

Dudoso también que un Estado sólo pueda tener como enemigo a otro Estado externo y no a hombres: Rousseau mismo sería el ejemplo para el desmentido. Se puede argumentar si acaso que el Estado combate al hombre que prefigura otra forma de Estado, pero nada más.

Queda claro que en cualquiera de los ejemplos mencionados no se realiza la pretensión del pacto: «Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja con la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca, sino a sí mismo y permanezca tan libre como antes». Demasiado bello para ser cierto.

La enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a la comunidad tiene el defecto de presuponer de partida una igualdad previa a la igualdad. Por ello el contrato parte de cero y no de un desequilibrio prerrevolucionario. Dándose cada

individuo a todos se pretendía que no se daba a nadie, pero en realidad se daba al administrador del Todo que es lo que los optimistas tienen a bien llamar VOLUNTAD GENERAL.

Voluntad general que, como veremos, en el caso de que el individuo tuviera una voluntad contraria a la voluntad que posee como ciudadano, o sea, que su interés particular sea distinto del que indica el interés común, deberá ser obligado a obedecer, es decir, obligado a ser libre. Artificio que recuerda el ingenio de los inquisidores rescatando almas por la vía del exterminio: la tortura por la esperanza.

Este problema viene de la supuesta indivisibilidad de la soberanía: Rousseau diferencia entre la voluntad de todos y la voluntad general, suponiendo que la una atiende al interés común, y la otra es una suma de voluntades particulares. Pero cuando la asociación de una de estas voluntades particulares es tan grande que predomina sobre las otras desaparece la voluntad general e impera la particular.

O sea, que en realidad se reconstruye OTRA voluntad general, lo que sucede es que esa OTRA voluntad general puede verse expuesta al ejercicio sobre la vida y la muerte. Repásese con cuidado el capítulo del libro segundo para constatar la variante necrofilica del pacto vital: si es conveniente para el Estado que tú mueras, debes morir, puesto que bajo esa condición has vivido en seguridad, y la vida no es ya solamente un beneficio de la naturaleza, sino un don incondicional del Estado.

Este tipo de argumentación viniendo de los hombres ya es preocupante, pero si además procede de Dios que es su única fuente, es para ponerse a temblar. ¡Dios y... además interpretado por los hombres!

No deja de formar parte de la mejor literatura utópica el pretender que «en el instante en que el gobierno usurpa la soberanía, el pacto queda roto, y los ciudadanos recobrando de derecho su libertad natural, están obligados por la fuerza pero no por el deber a obedecer». Llegamos a la muerte del cuerpo político sin pasar por el esplendor de la soberanía.

Es fácil hoy corroborar que la pura instalación del gobierno conlleva el abandono de la soberanía y que si es cierto que lo mejor de la democracia es que los otros inventos han sido peores y que el hecho de formar parte de lo mejor de los grados de lo deplorable obliga a mantener la cualidad esencial de la democracia occidental o sea pensar contra sí misma.

Sería injusto no señalar la lejanía de las ideas de Rousseau con cualquier programa totalitario, pero es preciso hacer notar que el totalitarismo se ha sofisticado de tal manera que es capaz de asimilar e invertir cualquier discurso. Ello obliga no a abandonar las propuestas roussonianas sino por el contrario a leerlas con atención. Por si fuera poco es simplemente un placer literario y eso bastaría para insistir en su lectura.

Héctor Subirats